



Carlos Villagra Marsal

El júbilo difícil
[Poesía 1986-1995]

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Carlos Villagra Marsal

El júbilo difícil

[Poesía 1986-1995]

La poesía natural y profunda de Carlos Villagra Marsal

I

La difícil ubicación de la poesía paraguaya (más que en el Paraguay) no se debe al involuntario repliegue geográfico a que el país se ha visto sometido a lo largo de los siglos, a la mediterraneidad mental de un amplio sector de su población, no accedido siquiera a los bienes de la contemporaneidad, al supuesto retraso cronológico de sus respectivos procesos cultural y literario, sino a una carencia de ubicación en el tiempo, al predominio de la improvisación sobre el método y al imperio de la anécdota por sobre la búsqueda investigativa, seria y pertinaz de las verdaderas raíces de la expresión nacional en el mundo.

Esa actitud, derivada hacia la ausencia de textos críticos, lleva a la comisión de no escasos errores, provenientes, las más de las veces, de cierta propensión a lo inmediato y, dentro de ella, de mostrar antes que los cimientos (cuya solidez se desconoce) la pintoresca estructura del techo. La excesiva mirada hacia arriba sólo puede conducir, en la mayoría de las ocasiones, a ignorar las realidades de «este bajo, relativo suelo», como cantó el poeta Almafuerte en su Misionero.

No existe texto alguno, desgraciadamente, que pueda informar acerca del proceso literario, desde los remotos tiempos de Ruy Díaz de Guzmán, en sentido crítico. La poesía paraguaya. Historia de una incógnita (Montevideo, Alfar, 1951), libro editado cinco años después de su redacción, no representa más que la visión de su autor, Walter Wey, funcionario comercial del Brasil que por aquí pasó y que sin duda creyó oportuno ofrecer algo de lo que pudo leer o le habían dicho. Las opiniones que emite no concuerdan con la cantidad y calidad del material poético que desde los inicios del siglo se venía acumulando, de dificultosa trascendencia extranacional pero de seguros pasos en lo interno.

En el prólogo a su compilación: Joyas poéticas americanas (1897), el escritor cordobés argentino Carlos Romagosa, el maestro de Goycochea Menéndez, quejose de la involuntaria (por parte suya) ausencia del Paraguay en dicho volumen. En verdad, ninguna aportación podía ofrecerse por ese entonces, pero cuando en los años 20 el profesor norteamericano Michael A. de Vitis comenzó sus indagaciones para integrar su Parnaso Paraguayo tropezó con serios inconvenientes de información, y eso que ya habían

aparecido dos antologías: la de Ignacio A. Pane (1904) y la de José Rodríguez Alcalá (1911).

Con el tiempo aquel claro pudo llenarse, aunque no en la medida de lo necesario. Últimamente la doctora Teresa Méndez-Faith, docente paraguaya con residencia en los Estados Unidos, ha editado un Diccionario y una Antología (1994), que vienen a satisfacer, en especial, el interés de profesores y estudiantes (a los cuales en particular están dirigidos), sin desdeñar el que pudiera tener el lector anónimo, indiscriminado y sin rostro.

Mas, las que siguen escaseando, a nivel de un olvido completo, son las aportaciones individuales, salvo el caso lejano de Hugo Rodríguez-Alcalá sobre Alejandro Guanes (1948) y un homenaje de conjunto a Ortiz Guerrero (1983). Todo lo demás está perdido en el trasfondo de las hemerotecas.

Corregido el rumbo antológico con elementos no desdeñables hasta nuestros días, corresponde impulsar el caudal bibliográfico hacia ensayos y estudios que contribuyan a situar en especial a los poetas en el ámbito propio, para proyectarlos de tal modo hacia la universalidad que tanto encomendaron los novecentistas. No otro propósito tienen estas páginas referidas a la obra de Carlos Villagra Marsal.

II

Nacido en esta ciudad capital de Nuestra Señora Santa María de la Asunción (la ancestral Paragua'y tavaguasú) un 30 de octubre de 1932, puede afirmarse que desde la adolescencia luce los santos óleos de la Poesía (así, con mayúscula, en términos rubendarianos). Integró la denominada «Academia Universitaria», y con sus compañeros Rodrigo Díaz-Pérez (1924) y Rubén Bareiro Saguier (1930), el primero asunceño y el segundo de la Villeta del Guarnipitán, la trilogía que hace más de cuatro décadas representaba el acogimiento de las Musas al no muy amplio recinto de la Facultad de Filosofía, mítica institución defendida por la presencia de su abnegado decano, el doctor Juan Vicente Ramírez. (A este grupo deben sumarse los nombres insoslayables de Elsa Wiezell y de María Luisa Artecona de Thompson).

En otro andarivel, aunque no en «la vereda de enfrente», inventada por Borges, iniciaban su camino José-Luis Appleyard y Ricardo Mazó (1927), Ramiro Domínguez y José María Gómez Sanjurjo (1930), todos ellos puestos bajo el magisterio intelectual de un sacerdote valioso: el Padre César Alonso de las Heras, a quien mucho le debe el cauce de luz por el que ha tenido que transitar la literatura paraguaya.

Estas menciones no quitan, desde luego, la obligada alusión a quienes inauguraron, en los alrededores del '40, una actitud poética menos atada a los ya remotos cánones del modernismo (1896/1901; 1905/1931), que aún respiraba, en calidad de sobreviviente, por medio de algunos afanosos y trasnochados cultores. Esa tarea correspondió, en lo principal,

a Hérib Campos Cervera (1905), Josefina Plá (1909), Augusto Roa Bastos (1917), Óscar Ferreiro (1921) y Elvio Romero (1926).

Y fue allá por 1955 que el firmante de estas líneas, en un más conversado que leído «Recuento poético del Paraguay», se animó a predecir cuál sería la trayectoria de los más jóvenes, entre ellos Villagra Marsal. Ahora está (¡todavía!) de pie junto al poeta para probar su aserto y la cumplida revelación de aquellas palabras.

III

La poesía es, ante todo, testimonio de vida y acompañamiento hacia el final de ella. En su claustro, el desgarramiento de la existencia se concreta a través de la palabra. Y cuando su titular está seguro de ella y de la dirección de su estilo, lo demás se dará por añadidura. El caso de Villagra Marsal no es el de un sudoroso trabajador de la lírica y sus correspondientes efusiones, sino el de un orfebre que une a la exquisitez de la forma la hondura de sus meditaciones. Su contribución sería antigua si se trasluciera en ella un toque parnasiano (que es el que inevitablemente podría venir a la memoria); por el contrario, es actual porque suma anteriores y posteriores experiencias, propia y ajenas, hasta lograr esa anhelada síntesis que hace al quehacer de todo poeta verdadero.

Su expresión verbal no está maridada con el exotismo (procedimiento que aplicaron los modernistas para trascender las limitaciones del «color local») y sí con el propósito de ampliarla. Y cabe decir propósito porque lo que más se advierte en él es el ejercicio de una auténtica voluntad de poesía, inconfesa, por supuesto, pero latente. No la metáfora por la metáfora misma, los hallazgos rítmicos acoplados a una libertad de imaginación surgida a fuego lento, tampoco la intención de «epatar» o escandalizar al lector en su presunta constelación burguesa, porque los burgueses de hoy día han arrojado al sumidero sus asombros. Para aceptar lo que no es, se hace preciso señalar los temas cardinales y anudarlos a las valoraciones, bien que profundas, de su propia conciencia.

Porque ésta de Villagra Marsal no es poesía de superficie. Más allá del «fraseo» literario y hasta por fuerza de su afán objetivo o descriptivista, pugna por acentuar su presencia la soterrada veta metafísica que todo creador siente sobrellevar (y aun gozar) por sobre las limitaciones de su angustia o de su esperanza. Por eso cabe recordar (y a la vez prevenir) que el mismo título de este libro: El júbilo difícil, está preanunciando su definición.

Y para demostrar que esa denominación es igualmente una profesión de fe, el poeta empieza por ofrecer sus enunciaciones, las que en un primer tramo están atadas al sentido de la naturaleza, no poseída con efusión salvaje o con arrebatos «cellinescos», sino sabiamente gozada en una especie de coloquio que traduce la frecuentación del poeta con los imponderables de la tierra.

Para desentrañarlos con maestría de artista se requiere algo más que el ojo observador o que la mano puesta sobre la rugosidad de alguna corteza, sobre la milenaria brillazón de

una piedra. Así el Vocabulario de Última altura, que inicia su andanza, brinda la atenuada presencia de las flores («azucena morada») o de circundantes animales («ruano mañero»), cuya transfiguración permitirá detenerse en la sobria majestad del escenario, a ratos «serranía», hacia lo plano, a ratos «cordillera» recortada hacia el cielo.

La «niebla» y la «neblina» (no igual cosa para quien siente transitar también genes ultramarinos), se adelantan a la «bruma inicial» y las adjetivaciones se tornan precisas: el «aire seco», el «agua primordial», como tiene que ser. Los colores se hurtan a la opacidad, pero no han sido entregados a la lujuria del aire total. Siempre estarán acompañados por una adjetivación atemperada o acentuando una sustantivación: «quemazón azul», «dorado reflujo de la siesta», «violáceo destino» (de una belleza incalculable), «verde altanería de las piedras», «aquel celeste en marcha». Nunca lo pálido o lo impreciso.

En ambiente de tanta fuerza telúrica no podía faltar el toque o la rauda pincelada que no cabría calificar de «naturalista» sino de natural, en consonancia con la cosmovisión del poeta: «Cuando te desflora/ algún desfrutador,/ prorrumpe en un sollozo duro/ tu desnudo tornasol» y concluye con esta inspiración apetitosa: «Oh simultáneo privilegio/ de ser -en el solsticio mejor-/ apetito y sacramento,/ bombonera y galardón» (Yvapurû).

IV

El capítulo dedicado a Ciertos pájaros puede afirmarse que agota la temática ornitológica, en torno a la cual esplendieron Guillermo Enrique Hudson, el bonaerense ilustre que se vio reducido a escribir en inglés; Marcos Sastre, el clásico de «El temple argentino»; Leopoldo Lugones y su «Libro de los Paisajes», hasta la bella aportación de María Elena Walsh en su canción al hornero, o sea nuestro «alonsito». Y de tal modo sigue las huellas no borradas de don Victorino Abente («el Patriarca», según los muchachos del 900), quien al decir de don Manuel Gondra, en 1901, «nacionalizó» nuestra poesía.

El Entremedio frutal guarda, igualmente, reminiscencias del anterior y, por otra parte, añade un verdadero catálogo con sus precedentes guaranícos y su marcante científico latino, lo cual se hace también en el capítulo de las aves, para entender que aquellos ignotos indígenas, que asombraron la candidez teórica de Montaigne, eran seres humanos que sabían calificar las cosas de su entorno en la lengua que el dios de ellos (no el de los impetuosos y posteriores cristianos) les había enseñado a mentar.

Habrà que precisar, en un mismo orden, que en el Acá vienen conmigo se acercan, con implacable certidumbre, las sombras de los suyos, que asimismo crecen en otras páginas del libro. Se trata de una evocación familiar, como pocas veces se ha comprobado en la poesía paraguaya (excepto O'Leary), en la que no se hallan presentes el simple abuelo, o la abuela, sino, al hispánico modo, el «padre» del padre y la «madre» de la madre, con un tono siguiente que no quiere ser elegíaco para no alcanzar el llanto, destinado a su madre, ausencia cuya herida sobrelleva el poeta ya hombre.

V

No debe extrañar que en este libro aparezcan algunas recreaciones incluidas en *La letra entró en la sangre*, pues no se trata del usufructo y resultado de lecturas sino vueltas ellas a una destilación vital, en la que la erudición histórica asume proporciones humanas, mientras sus personajes, hundidos en el ayer, fantasmas del pasado, permiten una recreación expresiva (de una inaudita variedad) que los sitúa más allá del tiempo y más allá de las edades, como quizás ellos hubieran deseado. (Desde la época de Fortunato Toranzos Bardel, el gran sonetista del modernismo paraguayo, no se había observado ejemplo igual).

En conocimiento con la persona que es Villagra Marsal, no habría de suponerse escamoteo alguno entre su realidad humana y la civilidad asumida. Es, entre los poetas paraguayos de cuarenta años a esta parte, de los pocos que no ha cantado debajo de la cama. Por el contrario, ha asumido una definida apostura civil: fueron sus cantos previos, los dedicados al Libertador Simón Bolívar, al no siempre conocido «Alón» (llamado, últimamente, «mi Capitán», tal vez con asombro del prócer), a Juan José Rotela en «La espera» (cuando era peligroso tener efusiones de tal índole, que en efecto costaron al poeta más de cuatro meses de prisión), y aun los poemas de familia, donde hace punta «Don Salvador Villagra, /capitán de tus cañaverales». Después viene la Cantata del pueblo y sus banderas torrenciales, donde el coraje civil tiene su precisión más alta y el poeta reduce su verbo a lo más inmediato para lograr la comunicación con su pueblo, sin acometer demagógicas posturas: «La libertad arrima tu sueño a su desvelo». Transita por sobre los destierros y las tristezas de la Patria y concluye con esta esperanza: «Nuestra canción no les olvida,/ toda la casa les espera».

VI

No es sencillo determinar el trazado de su arte poética partiendo de la sola condición de la palabra, porque ésta es para el autor algo más que la letra y su acento verbal (ausente la «elocuencia rimada» que espantaba a Don Miguel de Unamuno). Y ocurre lo dicho porque se trata no sólo de un transformador de la realidad (a veces simplemente visual) sino de un creador, para quien el riesgo de la expresión significa una aventura que bien vale ser corrida.

Desde luego que el poeta está más cerca de la orfebrería que de la espontánea tarea artesanal, esa que confinaba en la «inspiración», que hacían posible los tiempos románticos. Se adivina aquí que hay un lujerío impuesto y por momentos implícito, para darle al poema la dignidad que merece. Y esto conduce a la formulación de un estilo que es el revelador de su verdadera identidad y que asume su espíritu creador, sin que ello permita la creencia (Buffon a un lado) de que su canto (llamémosle así) logre definir al hombre en sí, más acá o más allá de su gestación vital.

El uso de los sinónimos le da oportunidad para acentuar su distinto destino: «desde esta abierta balaustrada» brinda una sensación de altura, que se halla contenida o por lo menos ubicada a distancia cuando se la desdobra en «el antepecho de la serranía» Además, la insistencia del lenguaje castizo (que en ciertos casos alcanza límites gongorinos) como el trueque de «ayuntarse» por juntarse; «su propia amanecida» por amanecer (en el femenino está la comprobación de la belleza); «el yantar» por «el comer»; la incrustación sabia de la preposición en «gustaría de saber».

La línea vertebral de estos poemas es única, superando la soltura métrica la mayoría de ellos, adoptada como acto de libertad y para que en la cárcel del verso no queden atrapadas las palabras. Mas, así y todo, algunos giros tradicionales entran como de rondón, no para enfatizar el verso sino para determinar que, dentro o fuera de la poesía, la naturaleza tiene también su propia música:

El universo de las aves requiere una cortesía previa, o si se acepta: una iniciación al tema, por lo mismo que cada una de ellas representa a su vez un mundo mágico y lírico que aproxima al poeta al reminiscente muestrario de Hudson. El título prefigura (como diría Borges), más que la solitaria apostura del pájaro elegido, la razón misma de su presencia: «Acendra su vuelo el Kuarahy mimby», «Los engaños del Guyrapajé», «Arrullo del Jerutí pytâ...». Y más que sencilla presencia parece esto su justificación.

Sin embargo la nómina no se agota, pues el poeta no quiere que sus compañeros volátiles crucen por la vida a través de los textos zoológicos o de las intenciones del arte plumario: «Doble loor del Suruku'á», «Preñado reposo agosto del Taguató apyratî», «Un soneto shakespeariano al Ñakurutû hû», a quien canta:

Esta propensión introductoria y celebratoria no se extiende al Entremedio frutal, porque la visión es distinta y porque el orden existencial de la planta tiene ya un destino que no precisa de anticipaciones. Su identificación en este aspecto es directa, salvo cuando se hace necesario adosarle a una que otra fruta la designación popular de su procedencia: «Naranja ombligo Ygatimí», «Mandarina Caazapá».

En ambos capítulos el poeta ha sido escrupuloso y hasta didascálico: luego de la traducción al español del marcante de cada especie ha dado su calificación latina, científica, procedimiento que mucho hubieran aprobado el ilustre Don Andrés Bello y ñane arandú guasú el doctor Moisés Bertoni.

Una breve enunciación de las metáforas, algunas sustentadas por su propio acento, puestas otras para aparejar su sentido, bastará para ejemplificar el manejo diestro, por instantes artístico, no del tropo en sí mismo sino de su cabal ubicación. Algunas parecerán complementarias, otras arriesgadas, pero corresponde reconocer que ellas no están en el poema para adorno. La elección al azar no agota la imaginación: semen de los dioses/ eminencia agitada/ indecisa playada/ cachorro de luna/ siesta abstracta/ virazón de la vigilia/ faenosa confianza/ las mejillas de la piedra/ cimbra del sueño/ pestaña ilusoria/ la protesta inmóvil de los árboles/ el dictamen de tu almíbar/ mensualero del hambre. No pocas alcanzan a rayar el neologismo, siempre en acecho.

Particularmente, en su exaltación de aves y frutas, el poeta ha optado por el ejercicio de la décima, algo olvidada desde la irrupción modernista y comúnmente confinada a los arpegios gauchesco-rioplatenses. Pero no hay que olvidar aquellas que escribió, en el delirio de su verba cosmopolita, el gran ensoñador oriental uruguayo que fue Julio Herrera y Reissig, uno de los escasos aportes modernistas dignos de la resurrección y exhumados para presuponer que después de casi noventa años es a Villagra Marsal (desde otra «balaustrada») a quien le toca la herencia de recobrarlos.

Por último, algunos paraguayismos: curuvicas, inverniz, amenazas.

VII

Le será inútil a todo poeta que en verdad lo sea escapar a la marca poética, confidencial o no, de su autobiografía. Carlos Villagra Marsal no expone en este libro sus avatares personales (que no son exiguos), sino que apenas si los acerca a la sensibilidad del lector (en particular al lector paraguayo), quien como él está en el secreto de saber que para tener conciencia de a dónde se va es imprescindible tomar conocimiento de lo que se ha sido. Esto no tiene raíz genealógica excluyente sino una derivación histórica insoslayable desde que el Paraguay vive en el mundo como tal. Ya lo expresó, en una de sus meditaciones más altas, el maestro argentino Gabriel del Mazo: «Es el pueblo el único y verdadero patriciado».

La «Constelación de Escorpio en primavera» « es su ubicación frente a los astros, no el mero resultado de algún connubio esotérico. Ellos están para guiar su perduración terrena, previniéndole de augurios y anticipándole, día a día, la dimensión de su existencia. Esto, que es el anuncio, lleva no obstante a los lindes de la reminiscencia, cuando dice en «Arasá pytá»:

Otras referencias son de lugar, como en «Padre de mi padre» (no simplemente abuelo):

Por igual figura la «madre de su madre» (no su abuela) y después su misma madre, doña María Elena Marsal de Villagra Maffiodo, asomada a la muerte cuando menos debía:

En «Poeta fueses» crece una confesión, recatada, casi distante, aunque con la mirada puesta en lo que inexorablemente habrá de venir:

No habrá de cerrarse el círculo sin afirmar la consustanciación del poeta con la naturaleza, tan variante y vívida como la propia existencia:

El hombre, como el errante y místico Francisco de Asís, es por igual un hijo de la naturaleza que no se resigna a separarla de sus contradicciones, sus luchas, sus no siempre justificados fervores. Mas en el fondo, o trasfondo, de toda su poesía, podrá descubrirse otra en la riquísimamente verbal de este poeta paraguayo: una especie de cercanía a los bienes de la realidad, y desde ella justificados. No en vano su abuelo materno, el arquitecto Don José María Marsal, fue insigne teósofo, y bien dice la verba anónima que «lo que se hereda no se hurta».

Patentizan esta quizás inconsciente comprobación estos versos, que conforman a vez una andanza o un camino del cual él no tenía noción, que estaba insinuado y que en sus días mayores retomará, porque ésa era su estrella, ése su calendario astrológico o, al fin de cuentas,

su destino:

VIII

En este desfile de setenta y tres poemas, pulimentados a lo largo de casi una década, acompañan al poeta nombres gloriosos, que iluminan el universo mundial e hispanoamericano: entre varios, refulgente y a flor de página, está el de Leopoldo Lugones (1874-1938), columpiándose entre el juvenil experimentador de *Lunario sentimental* (1909), el eglógico (no contemplativo) de la oda *A los ganados y las mieses* (1910) y el reintegrado a la tierra de sus *Romances de Río Seco* (1938), ofrenda póstuma que otros alcanzaron a celebrar.

Como reflejo de su juventud anárquica, don Leopoldo combatía y amaba a los jóvenes, a uno de los cuales, el santafecino José Pedroni, calificó de «El hermano luminoso». Es de imaginar que ante las páginas de *El júbilo* difícil hubiera destinado idéntico acogimiento, más allá de aquéllas en que las aproximaciones, desde el surrealismo y el ultraísmo en adelante, pudieran haberlo retenido. No es de dudar que esta cuarteta de Villagra Marsal habría de excitar su entusiasmo:

El conjunto de la poesía de Villagra Marsal honra las expectativas de los últimos tiempos y, como pocas veces en un autor nativo, sus resonancias universales tienen igualmente sabor de patria. Piénsese, entonces, que tiene el acompañamiento de Molinas Rolón, Hérib Campos Cervera, Óscar Ferreiro y Elvio Romero, cronológicamente mencionados.

Raúl Amaral

(Isla Valle de Areguá, agosto de 1995)

El protagonista de la poesía es poesía, sin que le sea dable escoger otros términos, empieza en el hombre y concluye en el hombre, aunque entre polo y polo puede atravesar -algunas veces iluminar- el universo mundo

VICENTE ALEIXANDRE

Vocabulario de Última altura

The pleasure of believing all we see
Is boundless, as we wish our souls to be...
SHELLEY

In memoriam
José María Gómez Sanjurjo
Ricardo Mazó

Beatus ille

Aparte de escrutar un vasto término
atajado por cielos y silencios,
acá en Última altura tengo yo
la tierra más jocunda
-según se dice en el Quijote-, 5
el aire seco de la serranía,
el agua primordial de las nacientes
y el fuego en el hogar.

Que más puedo pedir.
(mayo 1989)
para Rodrigo Díaz-Pérez

Variaciones en dos claves
para una música inmediata de Sila Godoy

I

Aquel humo

Quemazón azul

de octubre
veladura repujada
estás más cerca
de mi palabra 5
que del horizonte viejo.

Pilar de humareda capital
soy tu trasunto
una refracción apenas
de tu empeño: 10
brasa dispuesta
rojizo lenguaje codicioso
luego morosa vehemencia
niebla seca
ciego ascenso 15
y al fin disgregación
en el ensimismado
firmamento.

(octubre 1991)

II

Bruma inicial

Neblina soleada
primera contradanza
de ciertas
mañanas.

Antigua respiración 5
cardinal
semen de los dioses
hoy una sencilla fábula
de la vigilia.

Pasajera porfiada 10
de noviembre
suelta de naciente

y de máscara
te vas deslizando
de la eminencia agitada 15
del palmar
a la indecisa
playada
como si fueras en verdad
a nimbar 20
las próximas madrugadas.
Y sucedes
sin tomar en cuenta
que eres cifra de quienes te miramos
desde esta abierta balaustrada: 25
ese aire persuasivo que te empuja
no ha de arrimarte
a la fulguración más ancha
y entonces
cuando progrese la jornada 30
regresarás a ser
cóncava liviandad
siesta abstracta
nada.

(noviembre 1991)

A principios de luna

Allá en un declive del cielo, arquea su espinazo el cachorro de luna, listo para saltar sobre la presa inerte al otro lado del universo. Flameante carnicero nuevo, se acaba de lavar la cara con los aguaceros de diciembre, pensando quitarse las manchas de un pecado venial.

Y vástago de león azul con tigre de los orígenes, el creciente animal aprende a cazar por su cuenta nocturna: debajo, en el antepecho de la serranía, estamos considerándole -a veces en desvelo y a veces a través del sueño, mestizos de sombra y reverbero como él, como él acechantes, inculpables, tenaces.

(enero 1992)

para Miguel Chase-Sardi

Post meridiem

Resulta difícil acertar el nombre
cabal
de la azucena morada
que sobrepasó el mediodía.

Y cuesta restañar la tarde 5
ajustando

sonidos y añoranza únicamente.

Más vale entonces
cerrar la voz,
desplegando las sienas 10
para cobrar la niñez de esta brisa,
con la mano avizora, sí, callada como un guante
en el dorado reflujo de la siesta.

El silencio,
y acaso después 15
la cantiga dispersa y casual
de las estrellas.

(marzo 1992)
para Josefina Plá

La luz es indecible
No,
no la llames.
Y consiénteles danzar consigo misma,
recónditamente neta,
para ayuntarse 5
con su propio deslinde.

No hace falta mentarla.
Tranquilo, acepta
que aun en su infancia
sueñe 10
un violáceo destino en el Poniente.

Basta que apuntes
con tu índice súbito
una de sus exactas cortaduras
es el concesivo llano amarillo 15
o sus chasquidos de plata
en la crestería de los cerros.

Y en todo caso
comprende
en un gesto capaz, despacioso, 20
su señorío azul
y el torbellino impasible de los árboles.

(abril 1992)
para Rodrigo Campos Cervera

Insistencia

Ya es honda la noche, y las nubes
como lentas memorias precisas
han ganado mi casa.

O será esa niebla despierta, perdida,
que parece arriar el cielo sellado 5
hasta la cumbre de esta serranía.

La casa inmóvil, sin embargo,
rompe a cruzar la oscuridad vacía.

Ciego como el ventanal
y a la sombra de mi lámpara prendida, 10
yo también solitario, indago el rumbo
de tu encarnación esquiva.

Sí, he leído todos los libros,
pero aún no sentí el final de tus melodías.

Callado una vez más, habré de buscarte 15
en la virazón de la vigilia,
para alcanzar siquiera tu nombre,
Poesía.

(agosto 1992)
para Ester de Izaguirre

Adiós

Un pájaro raspa el cielo equívoco
de la atardecida.

Retrasado y oscuro
grita hacia el Sur,
rumbo a su viejo dormidero, 5
mientras bate la luz
resbaladiza
de la altura.

Allá frío y huyente,
usual en estas lejanías, 10
es sólo un precario pulso trajinero,
pero con él va borrándose
alguna palabra cierta
y el vasto otoño, en vuelo, se retira.

(junio 1993)
para Evelio Fernández Arévalos

Repetición del paisaje

cette aimable nature dont les
beautés étoient sous mes yeux

ROUSSEAU

Les Confessions I, VI

Paisaje

exento
quizá invitación trascordada
promesa de sesgado cumplimiento.

Nos separan 5

una pátina contigua a la del sueño
y una obligatoria profesión
de silencios.

Oh desmemoriado

paraje resuelto 10
oh contemplado aroma
oh denominador del tiempo
oh distancia curtida
oh digitación de cielo
oh vasija de la intemperie 15
oh cambiante paroxismo desierto.

Paisaje intáctil

desde mí crece un espejo
de mí sigue manando
tu resplandor ajeno. 20

(julio 1993)

Para Óscar Ferreiro

Explicación de una lluvia

Te esperábamos,
pausa esmerilada,
ciudadela instantánea,
muralla tras muralla levantada
de arriba para abajo. 5

Con igual desdén

anulas
la llanura rumbosa
y la verde altanería de las piedras.

Goteadora, te atienden 10
los cocoteros desatados,
las aves estrictas en el monte.

Y el joven viento norte
dibuja una canción que te enardece.

No obstante, enseguida resultas 15
garúa entrefina,
cerrazón,
soledad movediza.

Al cabo
escampas. 20

... Ya eres agua anterior, pero me dejas
indemne, cristalino,
y acribillado de ágiles certezas.

(julio 1993)
para J. A Rauskin

Constelación de escorpio en primavera

Medianoche a medianoche
perforas pensativa la Galaxia
encima de mi frente,
justo sobre la cumbre
de mi casa. 5

Lumbre matriz, octavo signo,
australmente desconozco
si adivinas o trasueñas,
si retrocedes o aguardas.

Por cierto, quienes fuimos paridos 10
entre octubre y noviembre
con los auspicios ciegos
de tu luz
itineraria,
siempre nos preguntaremos 15
con aprensión sucesiva,
con faenosa confianza,
si abrigas,
si comprometes,
si amenazas. 20

Ahora por ejemplo conjeturo

que no es la firmeza del noreste en primavera
sino tu exaltación intocable
la que me halaga
los cabellos 25
y perfila mi cara.

Continuamos custodiándonos
yo y el sello constelado.

Pero no alcanzo
el espléndido secreto 30
de tu aventura
o de tus vacilaciones, alacrán,
o de si tu aguijón ya resolvió
emponzoñarnos a distancia.

(octubre 1993)
para Edda y Eduardo Laterza

Inminencias

En el bajo del cielo occidental
las estrellas terminales
se esquivan.

Y el modesto desvelo aglomerado
de los pueblos, 5
cabrilleando aún en la planicie,
no deja de ser
sino ceniza anticipada
del ímpetu que se avecina,

Es el momento 10
en que se inquietan
y combinan
la brillazón nocturna
y la sombra flamante
del día. 15

Obstinada, la luz balbucea
el mundo:
las mejillas
de la piedra,
la furtiva 20
soledad de un ala,
ciertas hojas;
esa luminaria primeriza
acude

cargada de una doble inminencia, 25
de albores en albores consabida:
la del venerado
desvarío solar
en estas montuosas serranías,
y la del despertamiento 30
del hombre, la rutina
desde hace cuatrocientos siglos
aquí constituida.

Pero nuestro alerta
desearía 35
contar una tercera certidumbre:
la de la voz
particular y repartida,
una voz
propicia 40
que sinceramente acerroje
la pasión expansiva,
que suelde
la línea
entre ahínco y nostalgia, 45
la voz de una memoria decidida
acompañándose
con la ingerencia del sol
en las remansadas íntimas
y con el ademán maduro 50
de quien desarma la cimbra del sueño
para aspirar su propia amanecida.

(noviembre 1993)
para Renée Ferrer

Los espectros diurnos
Hay veces
en que la mañana se inmuta
y franquea o atranca un portalón translúcido
intermitentemente
sin otro fragor que el del azul concreto 5
arriba
de la abrasada tosca
de cúspides y graderías.

Una sombra desazonadora
rueda de por sí 10
se abate sube como pestaña ilusoria
pretende trocar el orden

de la inveterada travesía.

Por un rato
se guarecen los árboles 15
atrás de sus hojas
y hasta el fulgor justiciero
se coloca de canto en el tiempo
amonedando un oro bajo
a toda prisa. 20

Se trata a mi juicio
de nuestros muertos perfectamente vanos
cuya soledad compacta
apreciaría
alternar con las del cielo habitual. 25

Empero estos sucesos
no duran el minuto que se gasta en nombrarlos:
presto la mañana
torna a singular
legítima 30
incorrupta
proa insignia
hacia su naufragio personal
en el mediodía.

(diciembre 1993)
para Carlos Germán Belli

El dolor

Perfectamente
nos conocemos
nodriza de la vigilia
recordatorio unánime
de la mera culpa de existir. 5

Ahora te muestras
por entre los resquicios de la noche
zanjando mi rodilla izquierda
mientras curuvicas
terco escrupuloso 10
cada uno de los gérmenes del sueño.

Pero en el punto en que la luz principia
a corroborar las persianas
me desobligas desapareces
como borracho de traspíe callado 15

en el crepúsculo de la fiesta.

Ya en la encumbrada expedición del día
el aire serrano embarga tu vuelta
con su venda delgada.

Por lo demás 20
conspiré con un hombre de indumento blanco
para derogarte.

Gustaría de saber
en cuál de los parajes de la sangre
te vas a esconder 25
de masajes de píldoras
y de este sol extirpador.

Y así también pregunto
dónde humillarás tu mando
pasado mañana 30
cuando se cancele el cuerpo
en el que distribuyes la palpitación
-ociosa en realidad
de tus prietos espantajos.

(enero 1994)
para José-Luis Appleyard

Las visitas

Corolario de versos precedentes

La polvareda de las nubes
desciende a recatar el alba,
a velar la cordillera,
a saturar las cañadas.

La cerrazón gravea 5
sobre las palmas
que aún se friccionan con los sueños,
y explora la cerril escalinata.

Quietas, le dan paso
las puertas llaveadas; 10
de tal suerte,
las neblinas se instalan
como visita previsible
pero no convidada.

Entonces un sigilo, 15
un vapor de fantasmas,
reconoce la galería,
los maderámenes, la teja vana,
las baldosas serviciales
y hasta la cavidad de nuestras sábanas. 20

Con el borroso cálculo
de que alarguen su estancia,
denso de mansedumbre les aclaro
que todo en la morada
también está en perpetuo tránsito: 25
los puñales del Sahara,
esa herrumbre cruel de los aceros
-la sangre pertinaz en la navaja,
y los demás peligros silenciosos
que rielan en las tapias; 30
en las repisas igualmente
las súplicas de arcilla, la tinaja
de miel ausente, la deidad de un día,
el guaco del jaguar, las ánforas
del abolido aceite, el pez ceremonial, 35
una urna funeraria,
cántaro ayer de sápidos maíces
y salivas sutiles de muchacha;
relieves del centauro, del búho, del lagarto,
del zorro, de las Furias, del gallo, de la rana, 40
compulsión y barniz de las centurias,
la multitud cerámica
que en este sitio sólo es un rezago
de historia sobrepuesta y derramada.

Todos aquí (reitero ante las nieblas), 45
aun el dueño de casa,
somos hechos de un humo apenas más espeso
que las nubes hermanas
y un poco menos rápido
que su cierta mudanza. 50

Parecen entender: al rato se incorporan
con mayor vestimenta que nostalgia,
abandonan los órdenes de la piedra y los libros,
y hacia arriba otra vez, boyantes se soslayan,
retozan, se atropellan, 55
como niñas del cielo que con cándidas
redcillas grises
intentaran copar aquel celeste en marcha.

Mas el urgente volumen
benévolo las llama 60
a un oriente final:
de ahí mismo se desgarran la mañana
arbolando los soles caudalosos
que nos bastan.

(abril 1994)

para el grupo de análisis: Pupi Duarte Rodi, Blanca de Martínez, Bebé
Cueto, Chiquita Decoud, Maricarmen de Niella, Nory, Garbett

A una moneda romana desenterrada en el patio

Oh exiguo disco de cobre,
no sabemos porqué estabas ahí
a seis palmas bajo el piedregullo,
en la costa del secular camino jesuita de la
yerba, 5
cuya depresión y terraplenes
aún se desdibujan
en mi patio.

Cardenillo circular,
ínfimo planeta deforme, 10
te exhumamos un intratable sábado de agosto:
en el anverso, el laurel evidente
coronando una confusa calvicie imperial
y al reverso,
más roído por los dos milenios, 15
por la gravosa hondura y el olvido,
el valor ya indescifrable:
¿un óbolo, tres ases,
medio sestercio?

Sin embargo, te batieron 20
para que midieses el precio de hombres y de
cosas;
un tiempo habrás sido esencial
para el deseo
de alguien, 25
quizá mercando una caricia barata
de mujer del Transtíber,
o entibiándote en el puño del reciario
que corrió a alegrarse con un congio
de ríspido vino cretense 30
en una taberna aledaña al circo de Antioquía,
luego de haber trincado y yugulado

a su oponente,
o mezclándote
en la escarcela del Iscariote 35
con los treinta siclos
que entregaron a Jesús.

Y cuando postraron Roma,
¿qué seguiste siendo?
¿Cuándo y en qué faltriqueras bajaste 40
a los desafortunados vegetales
de nuestro sur fluvial?
Fuiste aquí, tal vez,
trampería en el rescate
de la plata con poco blanco de los Paizunos 45
y de la chafalonía de oro de los Corocotoquis,
o acaso amuleto
contra la daga extremeña de cuatro filos
y contra la untada flecha de los Guarambarenses.

¿Y quién te perdió 50
a la orilla de la ruta que pasaba por mi patio?
A lo mejor caíste de la bolsiguera
de un desaprensivo mancebo de la tierra
en su flete, un ruano mañero,
o del zurrón de un Padre de la Compañía 55
preocupado porque sus esclavos Angola
carreteros
llegasen puntuales con su carga de cueros y de
yerbamate
hasta las garandumbas que aguardaban 60
en el puerto de Nuestra Señora Santa María de
la Asunción.

Cuánta sospecha vacía,
cuánto pasado sin respuesta
mientras averiguo tu cara 65
en el horario de las cordilleras.

Pero siento que, a la verdad, has sido
sustancial en la vehemencia de algunos,
y que ulteriormente, sofocado el Poder
del cual eras uno de los símbolos, 70
todavía supiste ser la clave
de trueques suntuosos,
o talismán
-camarada de un cuerpo,
y después del seco encierro 75

de veinticinco décadas o más,
eres asimismo
un mínimo espejo de asombros,
un fino vector
de interés cierto, 80
y protagonista de un poema:
no otra fortuna querríamos
merecer los mortales.

(octubre 1994)
para José Antonio Rubio

Memento nocturno

Contentamiento del dormido
entendedor horizontal
de que su aliento vaya dividiendo
la controlada
tiniebla de la alcoba. 5
Afuera
los quehaceres del nordeste
la protesta inmóvil de los árboles
algún retirado tecleo peregrino
fraccionan igualmente la penumbra efusiva 10
de mi Última altura.

Y desasosiego del durmiente
a quien se le antoja el desvelo
cuando no hace sino boyar
por su preñada muerte repitiente 15
en la metódica
oscuridad del dormitorio.

(junio 1995)
para Raúl Amaral

Ciertos pájaros

Y lo que vuela en mí se manifiesta
en la ecuación errante de sus alas

PABLO NERUDA

a Rubén Bareiro Saguier
camarada cardinal

Acendra su vuelo el kuarahy mimby

Rauda lengua solar, incisión amarilla
que practica el invierno en el aire del lunes:
cada vez más cenceño, cada vez más preciso,
tu pico ansioso entiende la gira de las nubes.

La falange inmediata de tu airón sensitivo 5
azuleja la frágil sucesión de las luces
en esta siesta fría que convoca tu vuelo,
que enaltece tu aliento, que te suelta y te cubre.

Dulce flauta trasversa, grisalla musicada
sobre el suelo propenso del raigón a la cumbre; 10
instrumento templado por el cerro y los árboles,
de tus hermanos brotas, hacia tu padre subes.

(agosto 1993)

para Luly Cudas

Los engaños del guyrapaje

Aunque tus brascas timoneras
enfilen a contracorriente,
en un momento te disipa
la resolana de setiembre.

Y aun cuando, en la flor de la piedra, 5
parezca que tu sombra crece,
la fronda trabuca tus alas
y humea tu pluma y se pierde.

Ligero tabaco encendido
por desaparecidos duendes: 10
como en sus ojos; en tu pico
se toma el azul por el verde.

Trampa en el viento alucinado,
fino y vidrioso del naciente:
quien te mira en la rama, sueña; 15
quien dijo que te escucha, miente.

(setiembre 1993)

para Helio Vera

Larga danza inmóvil del mainumby ka'aguy

Ya seas
colibrí
el jubiloso joyelero
del tiempo glauco en su cenit
o sólo un súbito incidente 5
del rocío más sutil
aunque gires de frente
y de perfil
tu pico es tu copa tu pinza tu verga
tu espadín 10
orfebre del pistilo y del estambre
catador de un mínimo elixir
guerrero iridiscente
violador carmesí.

Multifloral solitario polígamo 15
hasta el frenesí
penetras en la rosa siete hermanas
en la guaireñita en la sinesia en el jazmín
de leche y en el niño azoté
en perlas y corales en el alelí 20
en la dama de noche
en el manaká en la hortensia y de allí
en la coronita de novia
en el apeyvá del país
en la orquídea suelda con suelda 25
en el raído sombrero y en el torongil
cuya corola sexualmente te obsede
con su olor a limón ceutí.

Secuestrador de los nectarios
trompo de aéreo carril 30
la ráfaga del sol
es tu piolín
y tu lujosa zarabanda fija
es un laberinto añil
un remolino de topacios 35
una morada transparencia sin fin
mientras tu cola
como blanco exornado violín
concierta el redondel de la mañana
y las vislumbres del confín. 40

Para que los sépalos sepan
de tu vertiginoso mal cariz
con zumbido de avispa de derrame
nortees por ahí

y cuando junto al estigma y al ovario 45
estalla tu quieto éxtasis danzarín
ni el hilo de un dios pasaría
entre el tubo de tu lengua y el cáliz febril.

Por último tanto revuelas
del racimo al capullo inverniz 50
que no hay diferencia si ejecutas
la nupcial parada motriz
o el famoso
pichichí
duro baile antiguo 55
de las lloronas y el espolín.

Mas después de bañarte
y de sorber y hacer el amor por mil
te aplaudes a ti mismo entrechocando
tus alas con punta de marfil. 60

Pero no sabes
que portas el aura del feliz
que tu visita
asegura una suerte gentil
y entonces nos conmueve 65
que se concentre tu impaciencia aquí:
ésta es tu casa tu campo tu monte
tu altura colibrí.

(setiembre 1993)
para Edgar Valdés

Contrariedades del ypekû sayju

Asoleado asolador
de brotos del oscuro maíz guaikurú
y asimismo azuelador de alta madera;
opalino robador del albur
de nuestra siembra 5
y también arcángel de florido capuz.

Rápido gastrónomo
de la sustancia morena del yvapurû
de la pingüe mariposa del coco
pocos al igual que tú 10
alternan el escoplo del carpintero fino
con la sinvergüencerías del tahúr
y en tu pelaje entonces se mixturan

(lomo y cogote gualdos pico azul)
el tenue rebozo de la Virgen 15
y el botellón de caña áurea de Belcebú.

Las alboradas te atavían
con una baticola de tisú
y al propio tiempo con un áspero
tatuaje de urukú. 20

Tu vuelo verticalmente violento
quiebra del este al sur
o -bordado en aire blando y lentas ramas-
se ciñe como en pausas de laúd.

Tu voz misma 25
entre aquella y esta luz
puede ser un solemne cloqueo aguardentoso
o el silbo legendario del urú.

Cerrado en la capuera
trozador de la salud 30
de rozas y cosechas
no has de recular ante ningún
espantahombres ni espantasombras
ni espantapájaros en cruz
y en busca del salado gusano de la ura 35
del moscón intrincado del verde lembú
eres capaz de horadar el herraje
de un ataúd.

Desde temprano retumba tu trabajo
tu tornadiza inquietud 40
picando del lapacho de cerro
hasta un asepú:
de tal modo estamos cantando
bienhechor perjudicial ah ypekû sayjú
esa tu condición bifronte 45
esos vicios de tu virtud.

(setiembre 1993)
para Maybell Lebron

La ambiciosa jornada del tukâ hovy

De bucanero y artista exorbitante
te vamos a calificar:
lúcido saltimbanqui,
voluptuoso rapaz,

entre volantines empinas la garganta 5
y sobrevienes y saqueas y te vas
del goce purpúreo
de un guayabal
a los riesgosos pichones
de karakará, 10
del huevo sagrado
de la perdiz tataupá
al cauteloso pimpollo
de la canela montaraz,
y se malicia 15
que hasta sabes volar
sin alas, mascando la semilla soltadora
del kurupa'y itá.

Un breve espejo recamado
es para ti la aurora enhiesta del palmar; 20
en ella te contemplas,
cónyuge de la luz ungido ya,
desde tu grácil bañadera:
la corola intensa del ñandypá.

Pero el resplandor embiste 25
y es menester aparejar
-pirata de párpado pelado,
polícromo capitán-
tu navegación
de bandera negra y azafrán, 30
de verde espolón
descomunal.

Así empieza y ocurre el abordaje
de las presas que aliña tu afán;
sin embargo, apenas anochece 35
por la oscilante ramazón, estribas el gran
pico en la espalda
y además
le cobijas con tu cola;
ahora bien, arduo tucán: 40
ese cumbreño anclaje en el silencio
tampoco te saciará.

(setiembre 1993)
para Ramiro Domínguez

Arrullo del jeruti pytâ en la siesta de los bosques

Cuando agravas tu zureo
la siesta juzga y espera,
pero el monte se exaspera
como en un denso goteo
de sueño y sombra y deseo; 5
monótono desconsuelo,
junta de amor y recelo
desde tu garganta roja,
y empeño torcaz que arroja
purgatorios contra el cielo. 10

(setiembre 1993)
para Gladys Carmagnola

Acometida del taguato'i

Con el silencio violento
de tu penacho azulejo
hincas y ejerces un viejo
embate oblicuo en el viento
un choque, un destello hambriento 5
basta: la sangre despena
tu sed, el aire refrena
su ardor o su sobresalto,
y un vago plumón en alto
declara la muerte ajena. 10

(setiembre 1993)
para Francisco Madariaga

El cheoropara, artífice de su pasión

Trino de carbón y espuma
bajo el celaje fragante,
y el mismo ajedrez constante
en el trazo de tu pluma;
luz que esparce, azul que suma, 5
van desanudando el día
mientras tu oficio confía
su intimidad clamorosa
y un limpio quebranto acosa
tu altanera simetría. 10

(octubre 1993)
para Luis Szarán

Canto fiel del masakaragua'i

Nueve sílabas veloces
infundes, congregas, sueñas
de la fronda que desdeñas
hasta el resol que conoces;
honra de las otras voces, 5
fiesta de alhaja temprana,
tan liberal como ufana
tu música condesciende
y nítidamente aprende
nutre y salva la mañana. 10

(octubre 1993)
para Emilio Pérez Chaves

Cantilena del aka'ê hovy

Con crugido de nuez cascada,
Ritma sus saltos de perfil
LEOPOLDO LUGONES

Con un sermón copioso
y tres capotes índigos,
fácilmente difundes
tu jactancia de obispo.

Pero el ocaso apunta 5
que al final no eres sino
monago descuidero
o insensato domínico.

Como frunciendo el aire
turbas nido tras nido, 10
más curioso que osado
y voraz más que pícaro.

Centinela espontáneo,
cuadrillero imprevisto,
por un instante azoran 15
la penumbra tus gritos.

Comprobatorio inútil
de crótalo y colmillos,
distrae antes que avisa
tu plagueo aturdido. 20

Y así tu obtuso moño,

tu antiguo ladroncio,
justifican y empujan
sólo este romancillo.

(noviembre 1993)
para Pilar y Carlos Filártiga

Doble loor del suruku'a

Los brillos y esmaltes del macho son superiores a los de los picaflores... No prolonga sus vuelos que son violentos y a ondulaciones... Toda la cabeza y cuello son negros, con bellos cambios azules y morados; el pecho hasta la cola es escarlata, con el costado del cuerpo y tapadas, aplomado. La espalda hasta la rabadilla, con las cobijas menores, de un verde bellísimo en conjunción con la luz y dorado en oposición. Las cobijas mayores son una conjunción de puntos menudísimos, agraciados, blancos y negros... La central de la cola es azul con la punta negra... Todos los colores brillan lo que la imaginación no puede concebir... Es sin duda alguna el más hermoso de los pájaros del Paraguay

CARLOS GATTI

Enciclopedia Guaraní-Castellano de Ciencias Naturales y conocimientos paraguayos, II,
265, 266

I

Aderezo suntuario
que se abrocha o se desata,
exhalación escarlata
de encendido plumario
y encandilante inventario 5
del ámbar verde, el morado,
del azabache, el dorado,
cumpliendo frente a la siesta
parábolas de ballesta
en nuestro cielo exaltado. 10

II

... pájaro raro, suruku'a
CANCIÓN POPULAR

Tu deudo el quetzal norteño
pliega su lluviosa espalda
y una envidia de esmeralda
roza su sagrado ceño:
columbra, como en un sueño, 15
tus fulminantes alardes
cuando surcas marzo y ardes
con tu diamantado giro,

con impulsión de zafiro
contra el nácar de las tardes. 20

(marzo 1994)

para María del Carmen Paiva
para Elinor Puschkarevich

Solo soberbio del havia corochire

Minha terra tem palmeiras,
Onde canta o Sabiá
GONÇALVES DIAS

Tu flautín de platino
rebana el aire,
alertando las albas
de parte a parte.

Se escalofría el monte, 5
riñen los árboles;
tu seguidilla pasa
no hay quien la guarde.

Melodiosa de engaños
o claridades, 10
tu pasión no pronuncia
la última frase.

Corochiré, tu endecha
vuela sin nadie
y te clava en el alma 15
hasta la carne.

(abril 1994)

para Abelardo de Paula Gomes

Se yergue de amores desiertos la calandria

... en su libro «Pájaros del Paraguay»... Azara dice, con precisión, que la Calandria no remeda o imita los cantos de otras aves... En conjunto, el canto es emitido de un modo distinto al de cualquier otra ave..., pues las mismas notas no son nunca repetidas por segunda vez en el mismo orden, y aunque la Calandria tiene muchas notas favoritas, puede variar cada una de cien maneras distintas... también emite notas parecidas a las de la flauta, a las que suceden otras agudas y quejumbrosas... luego hermosos floreos musicales o frases...

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
Aves del Plata, 26, 27

Tu cántico se inflama
como si pretendieras
con la sola quejumbre
ganar tu guerra.

Ah monja enamorada 5
que su tortura ostenta
con hábitos de lino
y de arpillera.

Sumisión anhelosa
y denodadas penas, 10
ofertorio de aromas,
leche y pimienta.

Mas las horas desairan,
calandria volandera,
tus remontes intactos, 15
tu sed perfecta.

(abril 1994)
para María Teresa y Gustavo Laterza

Estrépito y luces del sakuaju

Tu rapidez, salpicada
de vino y oro,
ilustra este tiempo raso,
zurce el verano al otoño.

Duro celaje pequeño 5
de acerbos rojos,
de turbulentos celestes
y de verdes licenciosos.

Va codiciando mazorcas
tu errante asombro, 10
mientras embriagan la aurora
tus coléricos antojos.

Qué griterío caliente
hueco de pronto
cuando el naranjal concita 15
tu trabajado reposo.

Lampadario entre las ramas,

nítido loro,
rindo aquí pleito homenaje
a tus hambres y a su arrojito. 20

(abril 1994)
para Aldo Delpino

Plenilunarmente baladra el urutau

Vertical en la noche, tu alarido rubrica
el altivo follaje que la sombra escarmienta
y tu estertor precoz de bruja parturienta
la rogación destrenza, los agüeros complica.

Pero un hervor de luna severamente rica 5
acentúa tu crudo diapasón, alimenta
tu quebrantoso curso, tu pureza violenta,
y monda ese suplicio que en tu pecho repica.

Tu lamento es tu escudo, tu aventura, tu dueño,
y hasta el confuso invierno se sabe poseído 10
por tus anchos agravios, por tu espantoso empeño.

Gritas como si un sueño descuajara tu oído
o como si tu lengua te trepanase el sueño:
reclamo contra viento, delirio contra olvido.

(agosto 1994)
para Adolfo Cáceres Romero

Preámbulo para el ataque del halcón morotí

Quejándose venían sobre el guante
los blancos torbellinos de Noruega
GÓNGORA

La majestad mutante de las nubes
atestigua el preludio:
las pulsaciones lentas de tu insomnio,
la primaria paciencia de verdugo.
Centella predispuesta que atalayas 5
plumajes y terrores errabundos,
tu deseo concéntrico recauda
tolvaneras y rumbos,
tu engañoso gemido
vaticina cercano tu triunfo; 10
cetrero de ti mismo,

no se dará en los nortes el disturbio
sino en este fragoso contrafuerte:
desde su pétrea gravedad consulto
esa luz que te hamaca 15
y el asalto presumo:
el precipicio de tu incendio blanco
que con fiebres idénticas saludo.

(setiembre 1994)
para Rafael Montesinos

Preñado reposo agosto del taguato apyratî

Cuando el azor águila encopetado, uno de los más bellos y feroces cazadores de las selvas neotropicales, descubre una presa o presiente un enemigo, pliega su copete occipital. En realidad este adorno, patente durante el descanso, contribuye a descomponer la silueta de su cabeza... Esta formidable rapaz alcanza el tamaño de una pequeña águila perdicera. Sus garras, no obstante, son mucho más fuertes y desarrolladas que las de las cazadoras mediterráneas. En el plumaje, de belleza asombrosa, se combinan los tonos oscuros del dorso con los claros, ocres y barreados de las partes inferiores, de tal manera que su aspecto resulta increíblemente imponente y exótico... También captura mamíferos de extraordinaria robustez

FÉLIX RODRÍGUEZ DE LA FUENTE
Enciclopedia de la fauna, VIII, 144

Tu descanso geométrico procura
menguar la transparencia de la espera,
como si usases garras de madera,
como si encaneciese tu negrura.
las amnistías de la primavera, 5
es propiamente un banderín que altera
la aciaga ordenación de tu postura.

Ejecutante sobrio del venado,
imparcial asesino del enjuto
tigrillo y del lagarto novelero, 10
tormenta quieta, príncipe surcado
de miel abrupta, de granizo y luto,
escudriño en el verbo, y te pondero.

(octubre 1994)
para Jorge Escobar Argaña

Un soneto shakespeariano al ñakurutû hû

Con un aullido de mastín remoto
y un ácido siseo encapuchado,
tu envergadura atisba desde el roto

murallón del crepúsculo vidriado.

Troquel de la sapiencia, percutor 5
en nuestras altitudes fragorosas
de una verde impiedad, y tomador
de carne oculta y lunas minuciosas.

Cepo de piedra y ceño embosquecido,
uñas amargas, cuerno rotatorio, 10
tu tarso alberga el eco del graznido,
del tardío aletazo mortuorio.

Cofrade bruno, ávido sargento
y capataz del aniquilamiento.

(noviembre 1994)
para César Alonso de las Heras

Imitaciones o apariencia del guyraû pakova

Al borde de tu atril basculante
en el acaudalado bananal
-emporio de tus ensueños
teatro de tu nidal-
eres el roturador 5
inicial
del mutismo convexo de los amaneceres
pero no con tu trova natural
sino lealmente plagiando
la de tu tío carnal 10
el guyraû chopî
concertino del maciegal.

Y al paso que la lumbrería
reconcilia el fluyente lindero
con los coágulos azules 15
vas contrahaciendo el cancionero
de tu parentela eficaz:
el amargo guyraû estero
el carmíneo
guyraû tropero 20
y el picoblanco guyraû choré
en su mentidero
del caraguatal.

Mientras se vanagloria el día
expandes tu premiosa afición zahorí 25

copiando verbigracia al chiricote
que revela su nombre porque sí
o a la calandria que llora un bien perdido
como aquel rey granadí
o al tumultuario quinceliño 30
con su acre reclamo baladí
o al había cejjunto
disuelto en su trino turquí
o al suruku'a esmaltado
y su melancólico piripipí 35
o al cheorpará celoso
en su algebraico gorjeo y así
también el risueño eneasílabo
del marakaragua'i
o el ronco cheuchéu alarmista 40
de la urraca de hirsuto bigudí
o el silbato que anuncia amor y muerte propia
del solitario isócrono chochî
o la infusión metálica
de la perdiz chororí 45
cuando está pardeando el chircal...

Y justamente a boca de noche
ensayas tu grito personal:
la voz diverge
pero el tono es otramente general; 50
por consecuencia
tu visible acentuación sentimental
ímprobo guyraû paková
es una resonancia apenas espectral
o sea extraña o de nadie o de nada 55
en el desierto áureo del bananal.

(diciembre 1994)
para Carmen y Enrique Riera

Sombría matriz estival del yvyja'umi

Dilacerada, rasante,
tu bruñida melopea
entra en la noche y puntea
la estrellería rampante.

Ojos de fósforo ciego 5
y oídos de tierra suelta,
no es de amores tu revuelta
ni tus sueños son de fuego.

Frota, ofusca los caminos
de golpe el descendimiento 10
de tus dudosos destinos.

Cruz de arenados anhelos,
es de polvo tu ardimiento,
son de ceniza tus vuelos.

(enero 1995)
para Gonzalo Lema

Entremedio frutal

...no de purpúrea fruta, o roja, o gualda
a tus florestas bellas
falta matiz alguno

ANDRÉS BELLO
a Óscar Gustavo Oddone
hermano y consultor

Pakuri loma

Mediodía

que restalla
sobre las escabrosas
ensenadas
de selva, 5
sobre el vértigo de las barrancas.

Y allí, ramaje adentro,
cuajan la quebrada penumbra
fosforescencias quietas,
candiles de callada tersura, 10
conmociones
redondas, frutas
de cáscara solar
y frescor sustantivo de luna.

Pakurí de los altos, 15
resumen fugaz de la espesura,
silabario perfumado
y cruza
de repentina miel de lechiguana

con astringente limasutil profunda. 20

Entretanto,
el mediodía
no acaba de ensañarse
encima
de esta trabazón empinada 25
de islerías.

(octubre 1993)
para Raquel Saguier

Ñandypa guasu

Estuche
de leves azúcares ardientes
y tintura
de antiguas guerras.

Mágicamente habidos del arco 5
del Gemelo Mayor,
sus maderos arredran al jaguar,
su hojarasca se percata
de los silentes pasos moteados.

Oleo 10
elemental
y zumo
que en la piel se hace cárdeno violento.

Frutos
que penden de su padre abierto 15
como imperiosos
genitales cenicientos,
de linaje tan pródigo
que aun caídos,
deshechos ya en su madre, 20
huelen a espíritu de vino célebre
o a bálsamo secreto.

Pequeño dulzor de fiebre,
ungüentario
de lejanos pleitos. 25

(octubre 1993)
para Tadeo Zarratea

Yvaporoit

Licor de irrupción segura,
el rescoldo de la aurora
cose, apresta y condecora
su exacta camisa oscura,
punza y cuece su dulzura, 5
pulimenta su turgencia;
trámite, señal, sentencia
del trimestre generoso
y compacto ejemplo umbroso
de la frutal insurgencia. 10

(octubre 1993)
para Luisa Moreno

Ñangapiry

El jalde Ñangapiry
Agridulce
VICTORINO ABENTE Y LAGO

Naranjado primo hermano
de la exultante guayaba
y apremiante baya brava
que agrupa el sabor montano;
diminuto miliciano 5
de la arisca especiería,
en la verde algarabía
manda tu yelmo de escamas
y desde su alcor proclamas
tu gustosa nombradía. 10

(noviembre 1993)
para Raquel Chaves

Yvapurû

Como a un amante Noviembre espera
Con impaciente savia feraz
IGNACIO A. PANE

Cuando te desflora
algún desfrutador,
prorrumpe en un sollozo duro
tu desnudo tornasol.

Convite de pupilas hondas 5
y virgo crujidor.

(Para que te beban luego con azúcar,
fermentado chacolí mareador),

Noviembre disemina
en tu corazón 10
una leche que entrecortan
simientes de recóndito arrebol.

Noviembre,
tu amador,
tu continente, 15
tu sazón.

Iris negros
engarzados en su tronco surtidor.

Y atezado,
dispuesto pezón 20
amamantando
a su mismo suelo criador.

Oh simultáneo privilegio
de ser -en el solsticio mejor-
apetito y sacramento, 25
bombonera y galardón.

(noviembre 1993)
para Meca y José Félix Fernández Estigarribia

Aratiku

...la chirimoya,
talega de brocado, con su envoltura impide
que gotee el dulzor de su nieve redonda
JORGE CARRERA ANDRADE

Bestia o esfera primordial
suspendida
en los márgenes ambiguos
del sotobosque.

El rigor 5
de tu caparazón inmóvil
de veras defiende

esa delicadeza fácil
que las nubes
acendran. 10

Carapacho amarillo,
tedio
y hartazgo de vieja tortuga
insolándose
sobre el sospechoso 15
matorral.

Pero también
dorado coracero firme
vigilando sin relevo
la conjuración meticulosa de las hojas, 20
la temática crueldad
de las hormigas atigradas,

Y para tus adentros
la ambrosía blanca
que el consecutivo cielo 25
condensa.

(diciembre 1993)
para Jorge Enrique Adoum

Guavira pytâ

Rubio subido del diciembre y suave
adobador de fauces o de labios
o de picos que infrinjan tu hermosura;
túnica complaciente, hollejo blando

que acidula una franca dulcedumbre, 5
casi pulpa lustral y casi ensalmo,
sabor rotundo que nos limpia el pecho
de humedad, de tinieblas y de espasmos.

Y en el linde del agua y de la roca
derramas tus rubores sosegados, 10
el piso de la selva se esclarece,
comienza el escrutinio del verano.

(diciembre 1993)
para Nila López

Jakarati'a

El fruto es una baya ovoideo cilíndrica de 3-8cm. de largo por 1-3 cm. de ancho, anaranjada, con pulpa jugosa, dulce y comestible, colgante en el tallo. Hay numerosas semillas amarillas de 1-3 mm. de diámetro. Fructifica en enero-febrero... Esta especie habita la selva de la Región Oriental, formando una parte del estrato medio en los sitios húmedos... se ha observado que los monos (Cebus apella) comen los frutos.

JUAN ALBERTO LÓPEZ et al

Árboles comunes del Paraguay, 112

Morrión de enmarañadas lujurias,
almagre azufrado
contra la magnitud cerúlea.

Camafeo succulento
y granazón que relumbra. 5

Un mástil espinoso
mantiene
tu explosión simétrica,
bienhallada de cristianos trajinantes
y monos oriundos. 10

La escarcha tibia de tu tallo expulsa
crasas crisálidas del cuerpo
o a veces abejas irritadas del ánima.

Y bajo la ceniza del fogón
tu cariñoso tuétano 15
se enternece más todavía
para bañar después
los pómulos de un niño.

(enero 1994)

para Alfredo Stevens

Arasa pytâ

Una luz permisiva,
cimera, oronda,
tu madurez sostiene,
tus perfumes adorna.

Zarcillo del verano 5
y juntadora
de zumbos, de gorjeos
que apetecen tu forma.

Esta virtud de enero

calma la boca; 10
toda mi infancia cabe
en tu médula roja.

Latir de la inocencia
o de otras cosas.
palpo tu piel y entiendo 15
la sumergida historia.

Candela del guayabo
ingente y poca:
el conjuro no basta,
su jarabe me sobra. 20

(enero 1994)
para Francisco Pérez-Maricevich

Mburucuja

Rubicundo confitero
de aglutinadas delicias,
con qué celos acaricias
la cintura de febrero;
fresco gentil, prisionero 5
de su tirante vestido,
fundas tu manso estallido
en un tiemblo reluciente,
en un fuego transparente
y en un tumulto escondido. 10

(febrero 1994)
para Esther González

Naranja ombligo ygatimi

Si tu corteza distante
finge sortijas de bronce,
el dictamen de tu almíbar
nos fecunda y nos compone.

Dignidades del bosque 5
y golosina del pobre
vecino de estas escarpas
y arriero de los desmontes.

En India aprendió tu ombligo
a recorrer su horizonte 10

y de Ygatimí regaste
el aliento de tus orbes.

Pomo de placer aurífero,
ofrecida curva prócer,
unes la enjundia castiza 15
al lujerío del porte.

Yo digo de tu apogeo,
del cristal de tu renombre,
con el designio inocente
de poner letra a tus dones. 20

(mayo 1994)
para Susana Gertopan

Mandarina cazapa

Abril y mayo te fraguan,
pero junio es el que elige
esa crispada fragancia
que bien te ciñe.

Múltiple luna cubierta 5
que sus disfrutes repite
en un suceso de gajos
y jugo firme.

Las caravanas del Asia
desatracaron tu origen, 10
y así es hoy nuestro arrebato
el que te rige.

Vegetal crisoberilo
que con resplandor audible
tramonta aquí sus favores, 15
sus limpios índices.

Juventud de mis recuerdos,
casta mandarina insigne,
te debía esta alabanza
pulida y triste. 20

(junio 1994)
para Hugo Rodríguez-Alcalá

Acá vienen conmigo

a la memoria de Justo Pastor Benítez, Luis de Gásperi, José Asunción Flores,
Gustavo González, Miguel Ángel Maffiodo, Justo P. Prieto, Carlos Zubizarreta, Alfonso
Oddone, Gabriel Casaccia, Juan Esteban Carron, Efraím Cardozo, Carlos R Centurión,
Martín Cuevas, R Antonio Ramos, José Laterza Parodi, Benigno Riquelme García, Ana Iris
Chaves de Ferreiro,
por su corazón
por su confianza

Padre de mi padre

y mi abuelo, cernida frente hidalga,
poncho calamaco, silla inglesa,
y un galope corto de su malacara,
rumbo a la capuera en San Blas
CVM
Guarania del desvelado, 56

Se dice que en el nocturno corredor,
durante los grávidos amenazos,
distinguen un hombre sin cara
al apurado esplendor de los relámpagos;
de negra y densa capa, 5
suavemente se pasea
por el escueto ámbito
como si le desvelase
algo que ha de arribar sin falta.

Cuentan además que se escucha 10
el acompasado crepitar de una hamaca
en la penumbra
desvalida de la casa.

Pero ésos no son
sino tus fantasmas: 15
prefiero congregarte
allende el sueño y la nostalgia,
aquí en mi ánimo
Don Salvador Villagra,
capitán de tus cañaverales, 20
caballero de rienda superior,
mentado pulso fijo,
perfil de gavilán azul,
cobertor de muchas damas,
liberal de llanura o desenlace, 25

convencional de La Cordillera,
maestro sobre caudillo,
señor a lo largo
de tu gente y tu comarca.

Te conocí después, 30
alta postura y sobrecejo,
jinete de un salto todavía.
Y me crié en Piribebuy,
bajo el solero de tu hogar abrahámico.
Y me consintieron tus hermanas. 35
Mordí la carne rosa
de las guayabas
que nos traías de San Blas,
y supe aun cabalgar a tu costado
y compartir, contigo y con tus armas, 40
el tenso, deleitoso aguardo
de las palomas monteses en el alba.

La memoria dócil
me brinda unas cuantas
formas, cosas que te correspondieron 45
en el tiempo penúltimo:
una fusta redonda de cuero de tapir
(con la que en una ocasión
me picaste la espalda),
la voz de mando natural, 50
un bastón que también era una espada,
el yantar exacto,
un jarro de plata,
esa manera discreta de afanarse
desde antes de la mañana, 55
la condición,
en el delicado interludio de la siesta,
de que una niña peinase
la cabeza entrecana,
la serena lectura de novelas 60
hasta que la luz desistía
de zócalos y ventanas,
aquella costumbre en la anochecida
de ser el único
que prendía el farol de la sala. 65

Ahora estamos frente a otro crepúsculo
y la confabulación de las distancias
parece más profunda
que las tareas ocultas

de tu propia raíz: 70
deja por tanto
que sea yo quien encuentre
tu mano arrasada;
que mi brazo rodee tus hombros vacíos;
déjame esta vez preparar nuestras balas: 75
es necesario
que me acompañes en la cacería
de algún jabalí celeste.

Ya oscureció, te digo;
permite que hoy tu nieto encienda 80
la primera lámpara.

(julio 1993)
para Aida Villagra

Madre de mi madre

Hija
del médico aquel que migró al Paraguay,
«en cuyas manos había una flor de nardo»,
toma del brazo a tu padre
y acérquense. 5

Vigésima sétima nieta en línea recta
de Roy Díaz mío Çid Canpeador,
acorázame.
Burgalesa de prez,
ennobléceme. 10
Consorte del teósofo sabio,
generoso arquitecto,
ensánchame.
Nuera de un mártir intrépido,
ármame. 15
Patriota que siempre labraste el sueño
de retomar por tiempo a tu tierra mayor,
ténsame.
Bienquista de tus paisanos,
repárteme. 20
Condecorada con la Cruz de tu Reina homónima
-tan castellana vieja y católica como tú,
distíngueme.
Fundadora de una leprosería,
purifícame. 25
Ministra de la Orden Tercera
de Francisco de Asís,

humíllame.

Dispensadora de fábulas,
agúzame. 30
Celestina de mi primer amor
con la palabra que cuenta,
empújame.
Suave Isabel profunda,
alúmbrame. 35

Reservorio de mi infancia,
prosigue velándome;
corona desde tu penumbra
la joven muerte de tu hija
y espérenme. 40

(abril 1994)
para Carmen Marsal Vda. de Cuevas

Madre

Basta
uno solo de los diez mil recuerdos
para enjorar tu ausencia
mortal,
María Elena. 5

La mirada de ceniza verde, por ejemplo,
junto al qué vamos a hacer después
de niña presurosa
por recorrer las vidrieras de la ciudad y el mundo.

O tu projimidad insaciable 10
como la inclinación
a los helados de limón y de vainilla.

O esa distraída
manera de ensortijar o desrizarte el pelo
con dos dedos pensativos, 15
tu cabello oscuramente rubio
resuelto en los jazmines de plata del verano.

Así las memorias
encienden tristemente
la galería de tu ausencia. 20

Puro espacio
huérfano,

y en su hora
portal de nuestro immaculado,
definitivo reconocimiento. 25

(abril 1995)
para Salvador Villagra Maffiodo

La letra entró en la sangre: homenajes
en memoria de Juan Carlos Onetti, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges,
Daniel Moyano, Aldo Torres, Enrique Lihn, Juvencio Valle, Alfredo Pareja Diezcanseco,
Manuel Bandeira, Fayad Jamís, Nicolás Guillén, Eliseo Diego, Ernest Hemingway, Ángela
Figuera Aymerich, Vicente Aleixandre, Luis Rosales, André Breton, desde el recordatorio
personal

Una memoria de Treasure Island: El pirata flint retorna a su navío después de enterrar el
tesoro

One fine day up went the signal,
and here came Flint by himself in
a little boat, and, his head done up
in a blue scarf. The sun was getting
up, an mortal white he looked about
the cutwater

BEN GUNN

Amanecía
cuando se sintió tu aviso.
Volviste, Capitán Flint,
solo y tu alma,
con el pie en la roda de un bote pequeño, 5
una bufanda azul ciñéndote la frente,
asperjado por la luz ingenua,
con tus mejillas lívidas como las de la Muerte.

Desembarcaste en la Isla, Capitán,
llevando contigo seis fuertes marineros; 10
ahora regresabas sin nadie
bogando hacia tu barco, el viejo Walrus,
que te aguardaba
al paio
desde hacía casi una semana. 15

A bordo,
Billy Bones el piloto
cuya sentencia era «los muertos no muerden»
y John Silver, el alto contraamaestre
a quien en secreto temías, 20

te preguntaron sobre el oro y la plata.

-Ah -les respondiste-, pueden bajar a tierra
y quedarse, si gustan;
en cuanto a la nave,
barloventeará en busca de más, por el trueno! 25
Ese trapo azul apretado a tus sienes, Capitán,
no era menos intenso que el mar recién hecho,
que la mocedad de la mañana,
mientras un cielo suavísimo
ya suponía 30
el blanco aire candente de la siesta.

Y zarpaste de nuevo.
Adiós, Capitán Flint.
O por decir mejor, hasta pronto:
tú no eres sino sombra empujadora 35
en la evocación de hombres inclementes
que se afanan y navegan y cantan
y se amotinan
y blasfeman y empuñan armas y beben
un ron graduado por Satán 40
y matan y mueren
en las páginas de un libro
donde también respiran
gentes de natural honrado
y destino fiel; 45
no obstante, Capitán Flint,
más allá de unos o de otros,
tu condición de hierro, Capitán,
será la de acechar sin puerto
por los océanos de nuestro recuerdo: 50
continuación que Robert Louis,
tu propio fabulador,
quizás no imaginó.

(abril 1993)
para Jorge Teillier

Requiem en cinco movimientos para el noble Fortunato, muerto en la bodega y catacumbas
de los Montresor por su amigo, el dueño de casa
For the love of God, Montresor!
FORTUNATO

I

...Y del brazo de tu afectuoso ejecutor

penetraste en las cuevas:
bordalesas pilones de huesos
frascos en fila calaveras confusas
estorbando arcadas pasadizos. 5
Como ronquido glacial
en algún infierno de vidrio
el trémulo tejido del salitre
festoneaba las paredes
emblanquecía los muros. 10

II

Te tambaleas
avanzando
retiñen
las campanillas de tu gorro cónico
y otra vez otra 15
cuando apuras
una botella de Médoc
en honor de los enterrados
que reposan en torno
brinda 20
Montresor también
porque tengas una larga vida.

Los dos bajo el lecho del río
el vino se incendia se enturbia en tus ojos
el final de las bodegas 25
la sombría exactitud del nicho
tu albergue
a partir de ahora.

Al punto
te aherrojó al granito rezumante 30
tu falso hermano masón
fue tapiándote
primera hilada segunda
penúltima undécima
un rechinar furioso 35
de cadenas
la sucesión de tus alaridos
Montresor un eco
sobrepujándolos
y terminaron ambos por callar. 40

III

Sí por el amor de Dios
pero ya no habrá caso
no han de valerte se hace tarde ni vámonos
ni me estarán esperando Lady Fortunato
y mi gente en el palazzo. 45

No te salvarán no tu virtuosismo
de conaisseur de cepas y caldos
o el acceso de tos contumaz
menos aún el encomio las instancias
de tu devoto enmascarado. 50

IV

Algunos estiman que ese laberinto húmedo
que te condujo a la muerte
no es más que una lección suprema
del relato
en lengua inglesa 55
otros en cambio te hicimos compañía
en la búsqueda falaz
del barril de amontillado
inútilmente procurando
que advirtieses 60
la divisa amenazante de los Montresor
Nemo me impune lacessit
y las atroces benevolencias de tu anfitrión
y la sonrisa maligna
tras el antifaz de seda negra. 65

V

Por el amor de Dios, Montresor!
conmovió la rojiza mezquindad de las antorchas
tu lastimosa exclamación postrera
y en el suelo de la cripta
un solo cascabeleo 70
de tu bonete de bufón
-dintel del incontable silencio.

Corrieron doscientos años
a sumar de aquella medianoche
y ningún mortal te ha perturbado 75
desde entonces.
Déjanos pues desearte
lo mismo que tu propio asesino y amigo
lo mismo que el poeta de Richmond

historiador de tu emparedamiento: 80
In pace requiescat!

(junio 1994)
para Washington Benavides

Escena de caza

MEMOIRES D'HADRIEN

Y fue por cierto hacia el oasis de Ammón,
donde antaño los sacerdotes del oráculo develaran a
Alejandro el Grande el secreto de su
origen divino;
a escasas jornadas de Alejandría,
en un paraje desolado,
durante el rápido anochecer egipcio,
al borde de una charca invadida de cañas
perforó la distante algarada de los batidores
el rencor cavernoso, el denso gruñido metálico de la
fiera,
como enhebrando por breves segundos tirantes las
trompas de montería, los alaridos y los
címbalos,
fue entonces cuando el súbito ánimo imprudente de
Antínoo
espoleó su corcel
y arrojó su pica y sus dos venablos con arte,
mas sólo a tres varas del león
que se desplomó, alcanzado en el cuello,
al tiempo que azotaba el suelo con la cola;
el remolino de rugidos y de arena
no permitía distinguir sino una forma agitada y oscura,
pero de repente el animal se enderezó, pronto a
lanzarse sobre la cabalgadura y el
adolescente caballero inerme,
y ahí tú, Adriano Augusto
Imperator,
te interpusiste desde atrás con tu caballo
exponiendo el lado derecho
y, puesto que estabas acostumbrado a esos ejercicios,
no te resultó muy difícil rematar con la jabalina a la
bestia, ya herida de muerte;
el león se abatió definitivamente
y sumió el hocico en el lodo,
en tanto una hilacha de sangre negra estriaba
el agua rosada del atardecer. El enorme gato

color de desierto, de miel y de sol
sucumbió con una majestad más que humana,
mientras los nenúfares carmesíes se iban cerrando
como lentos párpados.

Tal el episodio. Algunos días más tarde,
el poeta Pancratés organizó en el Museo de Alejandría
una fiesta musical en tu honor, César:
la sala de conciertos daba a un patio interior;
allí había asimismo nenúfares,
sobrenadando en un estanque,
bajo el esplendor casi furioso de una siesta de las
postrimerías de agosto: tú y Antínoo
reconocieron de inmediato sus nenúfares
escarlatas del oasis de Ammón;
Pancratés se entusiasmó con la idea de la fiera rota
expirando en medio de las flores
y, perfecto poeta de corte al fin, demandó tu venia
imperial para versificar la heroica, la
noble anécdota: la sangre del león habría
servido para teñir los lirios acuáticos;
la fórmula ya era vieja en esas épocas
(la imagen recurrente de una efusión mortal
acaeciendo entre pálidos pétalos); no obstante,
le encargaste el texto en loor de Antínoo:
en los hexámetros, la rosa, el jacinto, la celi-
donia fueron sacrificados a las corolas de púrpura,
que llevarían en adelante el nombre del preferido.

Apenas dieciocho centurias después,
una bárbara nacida y criada en la Galia Transalpina
-mujer alta, llamada Marguerite-
compuso una bella narración en la que tú, César,
en carta a tu hijo adoptivo Marco Aurelio,
presentas y discutes tu propio pasado: en sus páginas,
precisamente, se cuenta la cacería que
estoy comentando, y para ésta la Marguerite
fundose por su parte en el poema de Pancratés,
un fragmento del cual, encontrado en Egipto a
inicios del siglo, llegó hasta nosotros en la
curiosa colección de los Papiros de Oxirrinco.

Han pasado cuarenta y cinco largos años

desde aquella novela y por último,
ahora que van derrocándose las sombras
sobre este riñón, o páncreas
del desatentado territorio que entresoñó Lucio Anneo
Séneca,
tu paisano y antiguo mentor,
en este crepúsculo tan limpio de vientos
y tan apurado y grávido y caliente
como aquél de Antínoo y del león, tuyo y de la tolvanera,
atardecida de finales del verano
igual pero distinta
a la del ojo de agua, de los juncos, de las dunas,
que hace mucho habrán sido revocados por el tiempo,
digo acá en este ocaso
un mestizo suramericano
-por cuyas arterias a lo mejor también deriva
un chorro de la Itálica famosa-
alerta, un poco fatigado,
y si no con gracia, al menos con paciente denuedo
versicularmente está glosando el aludido capítulo de
tus Memorias inventadas, catorceno
Emperador de Roma,
pasaje que a su vez se apoya
en la exhumación
de una poesía mutilada.

Por lo demás, César, tu potencia y tus actos,
así como los de tus contrarios y tus allegados,
al presente no son más que humareda, ensoñación,
neblina,
por ejemplo la razón del ahogamiento en el Nilo de tu
favorito, el joven bitinio de peregrina
hermosura: hoy nadie sabría comprobar
que Antínoo se suicidó por extremada
devoción a tu persona, o que se
trató de un mero accidente -o que tú mismo
le mandaste matar según apunta
el sabio Louis Grégoire.

.....
Pero bien pudo ocurrir que los tres relatores de
la historia del león en el desierto, a
saber el rimador mestizo firmante de
esta paráfrasis, la eminente escritora
de las Galias y el remoto bardo palacie-
go
hayan tentado únicamente (cada: quien con su estrate-
gia o con su stratagema)
dilatar por unos meses los siglos de tu gloria, Publio

Aelio Adriano,
antes de que principien a sepultarte
los milenios de olvido.

(marzo 1995)
para Lucy Mendonça de Spinzi

Cantata del pueblo y sus banderas torrenciales
para el recuerdo heroico de
Aníbal Villagra, Atilio Villagra,
Derliz Villagra, Américo Villagra,
cuyas sangres derribadas
aún padecen hambre
de justicia

El grito en las calles I

Aquel grito detenido
tanto tiempo entre los dientes,
se arrojó a ganar la calle,
rompió las cuatro paredes.

Una garganta esparcida 5
le congrega y le sostiene
como un ardoroso escudo
entre el aire y nuestra gente.

Cuando el grito se corona
de libertad por la frente, 10
echan luz hasta las piedras,
los árboles se conmueven.

Grito que empieza en la tierra,
que el alba empuja y promete,
le defienden nuestros muertos, 15
le alimentan nuestros héroes.

La sangre es empuñadura
del grito que el pueblo atiende,
y si la sangre se afirma
las viejas sombras se pierden. 20

Asunción, ciudad vacía,

cansada de tanta peste,
te irá limpiando este río
cuanto más crezca y resuene.

Asunción, ciudad callada, 25
escucha cómo florece
el grito que está cambiando
tus esquinas y tu suerte.

para Gloria y Humberto Rubin

El grito en las calles II

Si la patria es campana,
el grito es su tañido,
fulgor hasta el mañana
libremente tendido.

El grito como cielo desatado
ha de ser nuestra lluvia vencedora,
y erguido, con el viento de su lado
para tocar la aurora.

De pronto, las veredas nos convocan 5
a un diluvio de pasos y latidos
y en el viejo abandono desembocan
raudales encendidos.

A pesar de los golpes en la cara,
el grito no se esconde ni se mancha 10
pero prosigue la canción más clara
y cada vez más ancha.

para Alcibiades González Delvalle

Trajinantes del alba I

Portadora del día que el horizonte clama,
juventud que pronuncia su espiga bien nacida,
basta y sobra tu marcha para fundar la llama
en el yunque incesante de la voz repartida.

Con el pecho habitado de canciones urgentes, 5
iniciando los vientos con el ala segura,
los hombres que propone la luz adolescente
salvarán su camino del miedo y la basura.

Muchacho trabajado por esta fiebre altiva,
la libertad remonta su pulso hacia tu vuelo; 10

muchacha que propagas una flor decisiva,
la libertad arrima tu sueño a su desvelo.
para Juan Manuel Marcos

Trajinantes del alba II

A la patria sube
el fogoso pétalo:
le guardan los jóvenes
con su propio cuerpo,
sin otra vigilia, 5
sin otro contento
que el de abrir su aroma
fulgurante y cierto.

La fría armadura
del sordo y el ciego 10
recula y se tuerce
ante un sol intrépido;
al joven impacto
del brazo sincero,
caerán las prisiones, 15
huirá el carcelero.

para Guido Rodríguez Alcalá

Las sombras por la tierra I

In memoriam
Aurelio Silvero
y Francisco Martínez,
campesinos sin tierra
muertos a bala
el once de julio de 1986
en Juan E. O'Leary, Alto Paraná

1

Cuando arreciaba la siesta
el crimen rindió el paraje
coincidiendo los fusiles,
el látigo y el ultraje.

Junto a un mástil se plantaron 5
con los demás campesinos:
allí percutió en la selva
el perfil del asesino.

Frente a las cruces delgadas
jadea el humo perdido, 10
desovan las mariposas
y se arrodilla el olvido.

Huesos de Aurelio y Francisco,
dueños por fin de un rozado
arriba de las cosechas 15
y más allá del arado.
para Marciano Villagra

Las sombras por la tierra II
Tierra malaventurada
y huérfana de sus hijos,
mansión de la desmemoria
y del castigo.

Clavada a su sol desierto, 5
barrida por su destino,
crujen sus oscuros duelos
bajo los siglos.

Para más, venden las aguas
ladrones recién venidos, 10
trozan los profundos árboles,
queman los trinos.

Y así la tierra que aguanta
la seca como el granizo,
no da siquiera una sombra 15
al desvalido.

Ya es hora, tierra, que salves
tus suaves panales íntimos
y ocultes tu azul pujante
del enemigo. 20

Forja tu niebla sagrada,
urde tu furor nutricio:
vuelve a ser la madre intensa
del campesino.

para Roberto Fernández Retamar

Este pan exigido I

La frontera del hambre
va cortando las plazas;
la extienden los obreros
con su desnuda rabia.

Jornalero que buscas 5
levantar la batalla,
la pobreza es tu ejército,
el sudor tu metralla.

No puede alcanzar nunca
tu sangre solitaria 10
esa paz que te mienten
y este pan que te falta.

Juntos, trabajadores,
disparen su palabra,
agrupen las tormentas 15
en una llamarada,
con el sueño unitario
en las manos blindadas,
como un monte que agite
sus populosas ramas. 20

para Elvio Romero

Este pan exigido II

El cielo sucesivo
agrava el desamparo
y la antigua fatiga
hierva despacio;
condición del obrero 5
uncido a su trabajo:
en la mesa vacía,
se sirve llanto.

Mensualero del hambre,
albañil por un rato, 10
nocturno embarcadizo,
y ferroviario,
de pie, contra el que humilla
espaldas y salarios,
para honrar la esperanza 15
de un pan más alto.

para Saúl Ibargoyen Islas

Elegía del destierro I

Aquí cantamos una grave historia,
la de nuestros hermanos enlutados,
la de sus propios soles enterrados
bajo el arco tenaz de la memoria.

Albas cerradas, lluvias desiguales, 5
la filosa nostalgia de la frente,
y trabado en la cruz del aire ausente
el rumor de sus sueños y sus males.

Cuenta oscura y cabal de los despojos:
fatigando los rumbos más lejanos 10
sin el agua natal entre las manos,
sin la luna frutal sobre los ojos.
para Juan Félix Bogado Gondra

Elegía del destierro II

Los despeñados de la patria,
los condenados a la ausencia,
traspasaron sus grandes ríos,
se internaron en la tristeza.

Porque la tierra era su herida 5
desde los pies a la cabeza,
les forzaron a verla lejos,
por entre llanto y humareda.

Se mudaron a la intemperie
cuando el odio selló la puerta: 10
así, su exilio es una espina
que por las sienas nos afrenta.

Mas hoy, compañeros errantes,
estamos izando la estrella:
al enseñarles el regreso, 15
aplaudirán nuestras banderas.

Mientras se cumpla el tiempo abierto
en que apaguemos esa ofensa,
nuestra canción no les olvida,
toda la casa les espera. 20
para Rafaela y Domingo Laíno

Tiene un sitio el amor I

Muchacha de un tiempo leve,
novia florecida:
han girado los años,
hemos sumergido los brazos vehementes
en el rápido esplendor del universo 5
y sigue tu cuerpo exacto,
reinante de mis noches y mis actos,
tu delicada gracia
en mi costado.

Y los hijos, que constelaron 10
tu corazón
y te bordaron el manto.

Pero estamos bebiendo
del mismo jarro
de un pueblo que apremia la respuesta 15
y la espaciosa hermandad
del canto.

Muchacha del tiempo grávido,
los dos secundaremos
erigiendo las puertas 20
de la patria
justiciera.

Entonces,
mi novia amanecida,
no habrán girado 25
vanamente
los astros.

para Ana María Carron Rivarola
mi novia

Tiene un sitio el amor II

La espuma del amor
vistió la marejada de los días
y no hubo quebrantos ni silencios
capaces de prohibir
la reunión de tu piel con la mía. 5

Y sin embargo
compañera,
a todos
nos resta todavía
diseminar el fuego, 10

desamarrar la libertad fragante,
confluir para siempre en su alegría,
y que su transparencia
retumbe por los campos,
arrase nuestras vidas. 15

(La Alcándara, 29 octubre-3 diciembre 1986)
para Ana María Carron Rivarola
mi esposa

Poemas sobrevivientes

en recuerdo de Aristides Benítez,
Luis H. Segovia, Justo Pastor Benítez (h.),
Justo José Prieto, Rafael Eladio Velázquez,
compañeros embarcadizos
ya en la otra bahía

Paisaje del Pilcomayo

Frontera del aire tenso,
alto Pilcomayo,
desmemoria de la patria,
cielos quebrados.

Sol barcino 5
derivando el cauce rápido.
Encono del silencio,
arena sola y viento exhausto.

Un sueño de mi hijo
y la amistad sencilla, sin embargo, 10
se festejan, se ordenan
ante el fuego unitario.

Halajería del tiempo,
lumbre de palosanto,
olorosa palpitación flagrante 15
de los montes cerrados.

Y allá las aguadas congregan
su niebla virgen: debajo,
la sombra demorosa de un león
acecha los fantasmas del venado. 20

(Ea. «La cumbreña», agosto 1980)
para Rodrigo Villagra Carron

Erranzas

El sol dispensa
en el estanque
la moneda falsa de un verano
a destiempo,
equivocado. 5

Como ese derrame en el agua
aquí estoy oficiando estas palabras,
notaciones de algún recordatorio
inverniz,
traspapelado. 10

(1982)
para Neida de Mendonça

Poeta fueses

Estás en la antevíspera
y continúan sobrándote
veraces interrogantes,
renovaciones, límites.

Una vez más 5
apronta la máscara
pero anímate y desviste tu deseo,
castiga tus graciosas posesiones:
ahí sabrás pasar
junto con el verbo. 10

(1983)
para Osvaldo González Real

Nocturnidad

Se agrava la noche
a medida que acude hacia sí misma
y no es el viento el que hamaca
las hojas:
el silencio ejerce a no dudarlo 5
sus facultades superpuestas
pero sube al cielo tapado
la inminencia
de otra voz.

(1985)

para Alicia Trueba de Martínez

De guardia

Sombra, tiempo, amor.
Y el corazón, imaginaria
que aprecia todavía
su alerta
y su espera. 5

(1985)

para María Luisa Artecona de Thompson

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



editorial del cardo